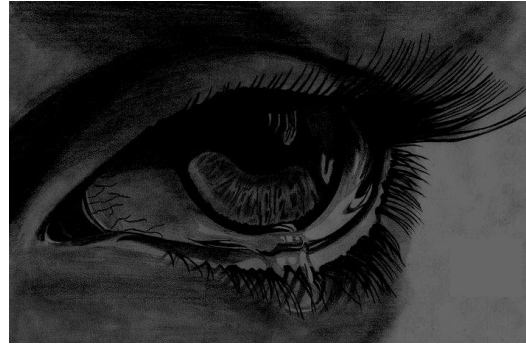


# Infierno



*Infierno* no es un relato como otro cualquiera, la verdad es que ni siquiera podría considerarle un relato en el sentido estricto de la palabra, aunque tiene contenido, apenas es importante, su verdadera función es la forma, fijarse de cómo está escrito, tratar de sentir las palabras fluyendo y llegar a transportarse a la situación que cuenta. Para ayudar a todo esto *Infierno* está ilustrado, con obras famosas en ocasiones y en otras no tanto, es una especie de guía de una imagen a otra, el conducto para apreciar las obras de arte. Las imágenes que están tienen temas relacionados con lo que se relata, a veces de forma evidente pero otras debemos echar un poco de imaginación para engarzar las palabras con las pinturas, os ruego que lo intentéis, porque esa es la finalidad de *Infierno*.

Observó con los ojos anegados en lágrimas el infierno que se presentaba a su alrededor. El cielo ardía, de este a oeste largas y sangrantes heridas lo surcaban y el amarillo, naranja y rojo se mezclan en un desierto consumido, la moribunda bóveda celeste recibía incansablemente columnas de humo negras como la noche, el Sol apenas podía rivalizar contra los fuegos que ardían por doquier y se había convertido en un pálido resplandor que comenzaba a desaparecer en la línea del horizonte.



El calor, asfixiante, perturbador y devorador atravesaba tela, piel, carne y hueso hasta que las propias entrañas estallaban en cenizas. El aire abrasaba la blanca y delicada garganta de la joven y le impedía respirar, pero seguía parada allí, en medio de toda aquella desolación mientras todo lo que había conocido era destruido.

El estruendo de la ciudad que caía como una lámina de plomo: niños gritando con mudos chillidos hacia el torturado suelo, moribundos aclamando el auxilio, madres llorando hasta que las lágrimas se les evaporaban de las mejillas y la sangre comenzaba a brotar de sus ojos, hombres corriendo hacia las atestados portones de salida pero nada de todo eso podía rivalizar con el fuego, su crepitar se convirtió en el himno de la ciudad, escuchado por todos sus habitantes y guardado junto al miedo en el corazón, las casas, que lamidas por las llamas no aguantaban más, caían rendidas en una reverencia de polvo y cenizas. Estas últimas eran el manto que lo cubría todo, la joven las sentía cuando tomaba una bocanada del ardiente aire, le rozaban el cuello, la abrasaban y destrozaban; sentía las cenizas en su rostro, mezclándose con las lágrimas y calcinándole la delicada faz infantil.

Los gritos de la gente abrasada perforaban los oídos, aquellos que habían sentido el arrollador abrazo del fuego no parecían dispuestos a olvidarlo, entre los escombros de tabernas, herrerías, posadas y casas



se escuchaban sus súplicas, algunos llegaban arrastrándose con las pocas fuerzas que les quedaban hasta las destrozadas calles, para morir poco después por el misericordioso beso de las llamas o bajo los pies de la multitud que huía de aquel infierno. Algunos pedían ayuda, otros, agua para sus reseca y agrietadas gargantas pero la mayoría imploraba la paz oscura de la muerte.

Los jirones de humo se enroscaban en el cuerpo en una danza hipnótica pero rápidamente se alejaban hacia el cielo rojo, quemado.

Ni siquiera el agua, ni el implacable mar podían contra el dominio del infierno. La bahía



entera ardía, sobre las negras aguas cientos de barcos era alimento del voraz apetito del fuego, barcazas donde hacía apenas unos días se degustaban ciruelas, higos, carnes suaves e

hidromiel, ahora iban a buscar aquellas delicias al fondo del mar, las galeras mercantes se estrellaban, envueltas en un recatado velo de llamas, contra las ricas mansiones de la orilla y contra los edificios de la orilla, propagando de esta manera los incendios que asolaban la ciudad y destrozando las pocas construcciones que aún se mantenían en pie, las pequeñas barcas de pescadores habían evitado el arrollador paso de la dama de rojo pero cargaban con tantos desamparados y ansiosos por escapar que terminaban por ceder y se hundían en las negras aguas, arrastrando con ellas a los pasajeros hacía una tumba submarina. Los galeones de guerra eran caballos salvajes cabalgados por incendios y cenizas, con las crines en llamas y encabritados, alzándose y golpeando furiosamente las olas, que con una nube de espuma impactaba contra las cubiertas; en poco tiempo eran consumidos, reducidos a un negro cascarón que con una quejumbrosa



explosión se despedazaba por la mitad, liberando al aire un efímero pájaro con alas de fuego y ojos de polvo negro.

La bahía entera estaba cubierta de fuego, parecía tratar de abrazar al mar con sus ardientes miembros y dentro de las aguas, los ennegrecidos huesos de los barcos se hundían.

Un sonoro estruendo resonó en las demacradas ruinas de la ciudad, la joven volvió la cabeza rápidamente hacia la fuente de aquel potente sonido. Su dolorida mirada borrosa y se detuvo en el castillo; a pesar de la distancia le pareció distinguir como los cristales se reventaban al aire, produciendo una lluvia que reflejaba los rayos del sol y escapaban por las ventanas



potentes columnas de cenizas, incluso a veces, en un desesperado intento de salvación, criados y señores por igual se lanzaban por ellas intentando escapar de la muerte, solo para caer y encontrarla en la base de la torre. Volvió a retumbar aquel sonido por toda la ciudad, la chica lo llegó a sentir a través del ardiente pavimento que pisaba. La alta torre del castillo pareció inclinarse un poco, como si realizase una pequeña reverencia, pero acto seguido su base reventó en polvo y fuego y el resto se vio abocado a una caída contra las demás estancias del castillo, el impacto fue como un golpe de un furioso dios contra la tierra. Los pocos edificios que se mantenían erguidos alrededor del castillo cayeron al suelo, con la misma facilidad que una hoja de otoño, las murallas se agrietaron y se desplomaron sobre las atestadas calles y los restos del antiguo y orgulloso castillo se elevaron en forma de cenizas y polvo sobre la ciudad que protegían.

La respiración de la joven se había convertido en un leve siseo, esforzándose por entrar aire a pesar de que las partículas le despellejaban el pecho por dentro. Durante un momento se le ocurrió la idea de que estaba respirando las cenizas de algo que había amado en el pasado, un árbol, su casa o incluso a sus padres. Las lágrimas ya no caían por su rostro, el fuego las había evaporado, el dolor que sentía era tan intenso que no podía expresarlo, simplemente estaba allí, al borde del puerto quemado, al lado del agua, quieta, parada, inmóvil, sin hacer nada mientras a su alrededor los



supervivientes corrían, lloraban, gritaban y trataban de escapar.

Ella sabía que era inútil, los bárbaros que habían provocado aquel incendio los encontraría y entonces habrían deseado haberse quedado en sus casas mientras ardían.

La joven tampoco era muy optimista sobre su futuro, pronto, antes de que los incendios se acabasen, los bárbaros se lanzarían como alimañas a las calles para matar, violar y robar. Sabía que si la encontraban allí parada, con toda probabilidad la torturarían por simple diversión, gritaría hasta que la boca se le inundase de sangre y después, cuando implorase la muerte y tras horas de dolor insoportable, la matarían.

Pero no iba a permitirlo, acabaría con su joven vida antes que permitir aquello, descansarían en su ciudad.

Las negras aguas parecían susurrarle, suplicarle que se fuese a reunir con ellas. Acudiría a su llamada, era la única solución y en el fondo de su corazón lo sabía.

Echó un último vistazo a su ciudad, a las ruinas humeantes y el fuego en el que se había convertido.

Dio un paso y cayó en las negras aguas repletas de cenizas. El vestido se arremolinó a su alrededor, impidiéndole la vista y el agua acudió a recibirla con un abrazo más cálido de lo normal.

Con unos manotazos torpes apartó las faldas de su cara. Su respiración se había detenido, por un momento, a pesar de la afasia, encontró la paz. Ahora todo había cambiado respecto al exterior, los incendios habían desaparecido, los sonidos estaban ahogados y únicamente las aguas ejercían su hegemonía en aquel banquete acuático.



Esperó a la muerte, pensó que sería dulce, fácil, indolora y estuvo feliz, como si recibiese a un viejo amigo. Pero cuando se quedó sin aire, el dolor se volvió insoportable, un nuevo incendio estalló en sus pulmones, sentía cientos de pequeños seres de fuego en su interior, que desesperados trataban de salir al exterior rasgando y mordiendo; a pesar de su resolución, se esforzó por volver a la superficie, dio una brazada y se vio envuelta en los pliegues de su vestido, el corazón le iba a estallar y después la cabeza le seguiría sentía la sangre agolpándose en sus sienes. Apenas le quedaban unos metros para conseguir el preciado aire pero el agua era demasiado pesada, tan fuerte. Desesperada, abrió la boca en busca de aire y sus pulmones se inundaron de las negras aguas cargadas de cenizas, poco a poco perdió fuerza y cada se hundía más rápido hacía el fondo, hacia el corazón de su bahía, todo se volvía más negro, comenzó a sentir cada vez más frío y, por fin, terminó.



Obras (ordenadas en orden de aparición)

- Boceto del fresco de “La Batalla de Anghiari” de Leonardo Da Vinci.
- “Ojo humano llorando” Matías Ezequiel Seewald (Internet)
- “Gran incendio de Londres”
- “Batalla de Salamina” Wilhelm von Kaulbach
- “Castillo de N”
- “Atila” Delaunay
- “Ofelia” John Everett Millais